

Martes 26 de Octubre de 2010

Martes 30ª semana de tiempo ordinario 2010

Efesios 5, 21-33

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia. Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para colocarla ante sí gloriosa, la Iglesia, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. "Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne." Es éste un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. En una palabra, que cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete al marido.

Salmo responsorial: 127

R/Dichosos los que temen al Señor.

Dichoso el que teme al Señor / y sigue sus caminos. / Comerás del fruto de tu trabajo, / serás dichoso, te irá bien. R. Tu mujer, como parra fecunda, / en medio de tu casa; / tus hijos, como renuevos de olivo, / alrededor de tu mesa. R. Esta es la bendición del hombre / que teme al Señor. / Que el Señor te bendiga desde Sión, / que veas la prosperidad de Jerusalén / todos los días de tu vida. R.

Lucas 13, 18-21

En aquel tiempo, Jesús decía: "A qué se parece el reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en un huerto; crece, se hace un arbusto y los pájaros anidan en sus ramas. Y añadió: A qué compararé el Reino de Dios? Se parece a la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta".

COMENTARIOS

Jesús compara el Reinado de Dios con dos realidades que forman parte de la vida cotidiana de su tiempo: el huerto y la casa, protagonizadas por varón y mujer, respectivamente. El hombre trabaja en el huerto o campo, y la mujer en la casa. Ambos realizan tareas en las que tienen lugar acciones transformadoras. Él procura el sustento, y ella prepara el alimento. Los dos, como nueva pareja humana, son capaces de abrir espacios para la irrupción del Reinado de Dios.

El hombre siembra la pequeña semilla de un arbusto; una planta cuyo fruto es un poderoso condimento de las comidas. Cuando el arbusto crece no opaca a las demás plantas del huerto, sino que ofrece sombra y cobijo a todos los que se allegan a él. Igual es el Reinado de Dios: no es árbol poderoso que arrase con todos los nutrientes del suelo y no permita crecer a otra planta cerca de él. Por el contrario, es un modesto arbusto donde tienen acogida todas las especies, y a su lado crecen todas las flores del jardín.

El Reinado de Dios, en esta comparación, está destinado a ser un espacio donde todos los seres humanos son acogidos, especialmente los que se hallan más alejados o marginados. El Reinado de Dios no puede ocupar toda la huerta.

Simplemente está ahí como una instancia entre otras, destinada a ser un espacio de crecimiento y dignificación del ser humano. En el caso de la levadura, donde ha entrado el fermento del Reinado de Dios se ensanchará la pequeña masa original, que sin él poco servía como alimento; y del exquisito pan resultante podrán nutrirse los pueblos pobres y hambrientos hasta alcanzar la dignidad de los hijos de Dios.

Padre Juan Alarcón Cámara S.J.